

# Éramos cinco

caja 8 (32-1)

“...He querido escribir estas líneas, en mi calidad de testigo presencial, como un homenaje a estos cuatro grandes chilenos, cuya única meta fue defender desinteresadamente a Chile y velar por sus intereses...”.

## DEMETRIO INFANTE FIGUEROA

Una vez que se habían delineado y hecho públicos ciertos acuerdos entre Chile y Bolivia después del abrazo de Charaña, el Perú pidió ser informado del curso de esas negociaciones, invocando el Protocolo Complementario del Tratado de 1929. Ante eso, el entonces ministro de Relaciones Exteriores, almirante Patrio Carvajal, designó un equipo negociador basado en quienes habíamos participado en las tratativas con La Paz. Nominó como presidente de aquél a don Julio Philippi.



En las citas con los peruanos, don Julio demostró su inmensa capacidad, su simpatía, su habilidad para que sus ideas aparecieran como originadas en otro y donde no estaba ausente su gran manejo de los dichos populares chilenos, especialmente aquellos propios de nuestros huasos. Nunca perdió el norte de su tarea y repetía hasta el cansancio que debíamos tener en mente que en cada palabra que decíamos o en cada acto que ejecutábamos representábamos los intereses de Chile. Fue un privilegio trabajar bajo sus órdenes y aprender de él. Se notaba de inmediato su calidad de hombre público, lo que lo había llevado a ejercer el cargo de ministro durante todo el período de don Jorge Alessandri, en carteras tan distintas como Economía, Tierras y Colonizaciones y el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El segundo integrante era Enrique Bernstein. Don Kiko, como se le conocía en la Cancillería y como lo llamaban sus ami-

gos, era el diplomático por excelencia. Dominaba en forma absoluta la historia diplomática de Chile, sabía las formas exactas que se debían emplear en cada ocasión y tenía una habilidad excepcional para encontrar una variante en los argumentos de la contraparte para hacer su propio punto. Algunos reclamaban a las autoridades de la época, porque era un conocido democristiano y por ello dudaban de su quehacer. Nada más injusto que eso. No escondía su militancia, pero sostenía que “aunque puede estar equivocado, es mi país y tengo la obligación de defenderlo”. Cuando se escriba la historia diplomática de Chile del siglo pasado, él deberá tener un lugar de privilegio. Cabe acotar que después fue el representante de Chile ante el Vaticano en las exitosas negociaciones para la delimitación marítima austral, donde lo hizo en forma excepcional.

Enseguida venía el brillante abogado y miembro del Consejo de Defensa del Estado Ricardo Rivadeneira. Hombre de hablar pausado, nunca se salía de sus casillas y la mayoría de sus intervenciones contenía un muy especial sentido del humor, lo que hacía que cualquier momento tenso fuera olvidado de inmediato. Tenía la condición escasa entre los seres humanos de hablar poco, pero cuando lo hacía, sus ideas contenían una profundidad y un criterio que nos dejaba a todos meditando. Se daba cuenta perfectamente del ritmo de las conversaciones, y en el momento adecuado pedía la palabra. Años después, un importante diplomático peruano, que era miembro del equipo de Torre Tagle en esas conversaciones, me señaló, haciendo una comparación futbolística, que Rivadeneira ponía la pelota a la entrada del área dando bote, cosa que

Philippi o Bernstein tirara al arco. He conocido pocos abogados con mayor criterio jurídico, y pese a que no tenía experiencia diplomática, su actuar fue muy sustantivo. Desgraciadamente, hace poco tiempo partió definitivamente.

El cuarto era un diplomático que había abrazado esta profesión en forma tardía, pero que la ejercía con el brillo propio de los más connotados miembros del Servicio Exterior. Gastón Illanes, desafortunadamente fallecido hace escasas semanas, había desempeñado la labor de ministro consejero de la e Chile en Lima. Conocía hasta el último detalle de la personalidad y de las capacidades de todos los políticos importantes peruanos. Sabía con certeza cuál era el grado de influencia de cada uno de los miembros del gobierno limeño de la época y cuáles eran sus virtudes y sus defectos. Había vivido y sufrido muy de cerca la amenaza que significó para Chile el gobierno del general Velasco Alvarado. En lo personal, era amigo de todos y acostumbraba a tratar a quienes éramos sus cercanos con un apelativo, cuya constante repetición hizo que al final lo identificáramos a él con aquél. Tenía la costumbre de hablar o dictar paseándose por la sala, lo que se traducía en que al final del día había recorrido decena de kilómetros.

He querido escribir estas líneas, en mi calidad de testigo presencial, como un homenaje a estos cuatro grandes chilenos, cuya única meta fue defender desinteresadamente a Chile y velar por sus intereses. Hombres ejemplares en su vida privada y en su quehacer profesional. Chilenos de excepción. En lo personal, les agradezco su amistad, todo lo que me enseñaron y su paciencia para orientarme en los momentos en que iniciaba mi carrera diplomática.

El Mercurio 22 Febrero 2012 pag. 2